

EL MENSAJE PERMANENTE DE “LA TRADICION NACIONAL”

Las palpitaciones internas del corazón de los pueblos sólo se perpetúan por la tradición oral. *Joaquín V. González.*

Cuando Joaquín V. González escribió “La tradición nacional” y “Mis Montañas” (1888 y 1893), la ciencia del folklore recién comenzaba a perfilarse. William Thoms había creado el vocablo en 1846, pero a partir de 1878, comienza recién a definirse como ciencia encargada del estudio de los bienes espirituales y ergológicos del pueblo sin ilustración (folk). Es la Folklore Society, con asiento en Londres, el organismo que codifica las bases y alcances de la nueva ciencia. González no alcanzó a vincularse con los hombres del Folklore Society y no tuvo oportunidad de estudiar las proyecciones de la nueva ciencia, que nacía como una “necesidad impuesta por el progreso”, pues los bienes específicos del “folk”, producto de los pueblos o países *civilizados*, no cabían en la Etnografía, ni en la Arqueología, ni en la Sociología. Sin embargo las pragmáticas de esa disciplina están claramente trazadas en “La tradición nacional”. William Thoms hubiera suscrito con orgullo el concepto que “la tradición es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos, es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, es la costumbre de pueblos que no tienen leyes formales”. Casi medio siglo de polémicas en el campo de la Folklorología conducirían a la misma conclusión: “El folklore es el estudio de los bienes de los pueblos que no tienen historia escrita”. Es la trasmisión oral

de todo lo que sabe y conoce y que ha ido conservando en forma de patrimonios a través de las generaciones en las arduas peripecias de la vida. Cuando el autor de "La tradición nacional" expresó que "la tradición es una fuerza, formada por el sentimiento y la pasión de la masa social y la comunidad de sus destinos", no pensó quizás que medio siglo después los hombres de ciencia confirmando su intuición, afirmarían que existe una sabiduría intuitiva que nace con el sujeto, y que los mitos que parecían ingenuos e intrascendentes eran algo más que fábulas, pues estaban estrechamente ligados con la religión, la organización social, la economía y las costumbres, como tampoco habrá pensado que Frazer, Wundt, Frobenius, Winckler y Malinowski otorgarían a la Mitología ribetes de ciencia independiente, a cuya influencia no escaparía el propio Albert Camus. "La poesía y la tradición —dice en la obra referida— teniendo una raíz profunda en la naturaleza del hombre, *no mueren* (el subrayado es nuestro) *sino que toman nuevas formas* siguiendo la elevación del nivel social, y las transformaciones progresivas que los tiempos y los sucesos obran en la esencia de la raza". Es necesario destacar esos conceptos, porque son fundamentales. La ciencia que estudia el folklore dejó claramente establecido que la mayoría de las expresiones populares no mueren (como la había manifestado González) sino que se transforman y siguen viviendo en las manifestaciones nuevas que el medio, la evolución y el progreso imponen. Porque nada, absolutamente nada permanece estático. Todo cambia, como Shakespeare lo dijera por boca de Hamlet y Einstein lo corroborara después con su luminosa teoría de la relatividad. Ha quedado muy atrás el viejo principio de J. A. Marr: "la tradición y el folklore pertenecen al pasado", porque todos sabemos hoy que el presente se asienta en el pasado; o en otras palabras, que fue necesaria la experiencia del pasado para elaborar el presente. Malinowski lo resumió sabiamente en pocas palabras: "el presente es el pasado modificado por la acción del hombre".

Siguiendo su obra que tiene mucho sentido de profecía,

comprendemos que descubrió los principios morales que rigen la gestación de los patrimonios populares. “La superioridad moral de la nación conquistadora —dice con referencia a la conquista de América— hizo que los vencidos se sumergieran en su impetuosa corriente, que asimilaran las nuevas costumbres, las nuevas instituciones, las nuevas creencias, pero no tan profundamente que perdieran el último átomo de su naturaleza propia, porque si es cierto que la influencia de la raza superior impone necesariamente su índole y su genio, es indudable que ella misma no puede libertarse de la influencia del medio en que sus fuerzas y sus elementos actúan, y que nunca se destruye y se prescinde del todo de la manera de ser, del temple de la naturaleza de la raza que se quiere gobernar o dominar. Así ni la ley política ni la ley religiosa pudieron desalojar por completo el germen de las leyes y religiones nativas”. Hoy, explicamos más o menos con las mismas palabras la formación del patrimonio de las comunidades más diversas. En la elaboración de *todos* los patrimonios, aún de los pueblos más encontrados han intervenido e intervienen los siguientes factores básicos: a) el factor telúrico, propio del medio y de la raza, que se remonta a su origen como comunidad o pueblo. b) El factor de invasión, trueque o préstamo, impuesto por conquistadores o por simple intercambio con otros pueblos, y adaptados al medio. c) la mutua absorción de ambos factores conforme a la vitalidad latente y que origina nuevas expresiones que constituyen la resultancia de ambos. *En todos los casos* —tal como lo señalara González— no existe la completa absorción de bienes conquistados por parte de los bienes invasores (casi siempre ligados al hecho político) sino una fusión, interculturación o modificación de ambas, que, bajo una nueva forma recomienzan una nueva aventura a través del tiempo.

No siempre se ha advertido el nexo de la obra de González, en todos los aspectos (poético, social, folklórico, político) y la solidaridad que fluye en la obra en los más diferentes campos de las especulaciones espirituales. Por eso no nos extraña que siendo un tradicionalista en el amplio sentido de la palabra, li-

gado íntimamente al latido telúrico, jamás haya sentido adhesión a principios susceptibles de superación. Por eso no fue conservador, en el sentido de conservar lo presente por puro dogmatismo, y comprendió que la vida marcha constantemente en demanda de nuevas ideas y nuevos principios.

“Las grandes revoluciones —dijo— que renuevan la savia de una época comienzan su elaboración en el sentimiento, que se convierte en idea y en acción; por eso los largos períodos de quietud, si bien son una atmósfera propicia para las artes, envuelven un peligro para una decadencia moral: si un pueblo no es revolucionario, por lo menos debe ser constantemente evolucionista. La evolución es la revolución de los espíritus, es la fórmula del progreso humano”.

La experiencia histórica lo ha corroborado con creces. El pueblo que no evoluciona, que se estanca, muere irremisiblemente. Los hechos hablan con elocuencia.

En el complejo proceso de la elaboración del material que constituye el acervo popular, vio también la ley del equilibrio y la teoría de las contradicciones: “cada sentimiento es más vivo a medida que su contrario crece en intensidad”. Sobre esta verdad, desarrolló poéticamente, la pervivencia de las expresiones nativas que crecían con mayor lozanía cuanto mayor era el aluvión que las invadía.

Comprendió que el amor al suelo no era una actitud intelectual, sino una realidad; que había una influencia real de la tierra y el medio circundante sobre el hombre, y que esa influencia en gran parte plasmaba sus ideas, su conducta y sus sentimientos. Que el hombre y la tierra son inseparables. Un folclorista contemporáneo diría lo mismo con estas profundas palabras: “El hombre es tierra que anda”...

Nadie como él entendió que la tradición es atributo de los pueblos como medio auténtico para exteriorizar las emociones más íntimas de la colectividad, y que ese atributo era putativo de *todos* los pueblos del orbe sin distinción. Esa universalidad significaba una invalidación del erróneo concepto de un mal entendido nacionalismo al hablar de tradición. “Los pueblos can-

tan, sufren, esculpen, edifican, y cada poema, cada drama social, cada estatua, cada monumento son el reflejo de su pensamiento en la literatura, en la ciencia, en el arte". Tradicionalismo pues no podía ser sinónimo de exacerbación localista o regionalista, ya que su esencia, sus temas, sus motivos, pertenecían al patrimonio de todos los seres humanos, y cada conjunto aislado de patrimonios caracterizaban una época, un tiempo, una forma de vida de un determinado sector de la sociedad. Nada hay más universal que la tradición y nada más humanista que el cultivo de esa disciplina.

Mucho se ha dicho de la gravitación de Omar Khayam sobre la obra de González. En verdad la influencia fue cierta. Hubo un cordón umbilical que los unió: el sentido místico de la vida. Pero existió sin embargo una diferencia remarcable. Omar Khayam cultivó una filosofía puramente contemplativa, propia de un místico estoico. Joaquín V. González fue exactamente lo mismo, pero supo ubicarse en la realidad cada vez que las circunstancias que fueron muchas lo exigían. Basta pasar revista a su obra para comprender que en su espíritu coexistieron lo místico y lo práctico en perfecta armonía.

Cuando sopesamos su obra, tanto literaria como docente, nos convencemos que el lirismo y la poesía que envolvieron su existencia, marcharon siempre unidas a una gran visión práctica. Testimonio de ello es la herencia visible de hechos legados a la posteridad y que deteriora seriamente el viejo apotegma: "los soñadores solamente están bien como soñadores", que ya había sido debilitado por Paderewski como presidente de Polonia y más recientemente por Rómulo Gallegos como presidente de un Estado americano, sólo por citar unos ejemplos.

No tenemos la menor duda que González descubrió —permítase el término— la parte poética en toda su actividad a lo largo de medio siglo. En la política, en la historia, en la docencia. Sólo así podría impregnar de poético optimismo su acción sin pausa, la más de las veces, dentro de un clima de pasiones e incomprensiones, propias de un momento crucial en el orto de nuestra organización ciudadana. Y todo lo asentó en esa con-

tintuidad pródiga de enseñanzas y experiencias que nos brinda el pasado. Ni el sociólogo pudo apartarse de las ideas que constituían la base de su pensamiento: “La causa de los grandes desastres que llenan de tragedias sangrientas la marcha de la humanidad, no es otra —la historia lo prueba— que el no haber adoptado los hombres reunidos en naciones la fórmula natural de su gobierno, esto es, aquella forma que fluye de la esencia de las cosas como el fruto nace del árbol”.

Hemos dicho una vez que las aspiraciones de todos los pueblos son comunes y que conducen a una meta común: el bienestar, la libertad. González lo vio con claridad y por ello comprendió mejor que nadie que la mística tradicional no podía aislarse, no podía encerrarse en un país o región, que no era patrimonio exclusivo de nadie, sino de todos los mortales, y que en consecuencia tradicionalismo era sinónimo de humanismo como ya lo hicimos notar. Mas, comprendió como nuestro gran sabio Juan A. Domínguez” que los pueblos de aluvión —como el nuestro —así como las tierras de aluvión, sólo tienen solidez cuando se afirman en lo arcaico”.

Es imposible trazar en pocas páginas un esquema completo de las facetas de su fecundo quehacer como artífice y creador. Pero en lo que atañe al aspecto que nos ocupa, podemos afirmar que no sólo vivió unido al influjo telúrico sino que lo proyectó en su obra. Sus ideas han sido avaladas por la joven ciencia que nació casi simultáneamente con su libro. Por tanto, en el aspecto del folklore culto o artístico su obra “La tradición nacional”, constituye un tratado de singular valor para conocer los elementos espirituales que han gravitado y gravitan en la elaboración de un sentimiento nacional en plena gestación. Nuestra juventud, quejosa muchas veces de la carencia de fuentes para afirmar los anhelos de una conciencia nacional, tienen en ella un auxiliar valioso. Muchas veces hemos dicho, y lo repetimos en este momento por considerarlo oportuno, que nuestra juventud ansiosa por adentrarse a las fuentes del pasado activo, tiene al alcance de sus manos tres obras de incalculable valor: “La tradición nacional” de Joaquín V. Gonzá-

lez; "La restauración nacionalista" de Ricardo Rojas, y "El imperio del Sol" de Arturo Capdevila. Un tríptico que constituye el más solvente expediente para conocer el espíritu de nuestro pueblo, de ayer a hoy. Desgraciadamente tres libros muy pocos leídos, a excepción de "La tradición nacional", por circunstancias de cumplirse este año el centenario del nacimiento de su autor y que sirvió poco menos que de consulta obligada para conocer siquiera superficialmente el pensamiento del mismo.

Ojalá en este tiempo podamos comprender el sentido de sus palabras, porque como le dijera hace más de medio siglo: "Lo que no muere, lo que flota sobre las tinieblas y sobre los abismos, la poesía y la tradición, respiran aún sobre las grandiosas montañas y las solemnes y dilatadas llanuras, porque el pensamiento nunca se aparta del todo del suelo donde germinó".

LAZARO FLURY
Santa Fe 1008, San Jorge
(Santa Fe)

